

# **Un Halloween Diferente**

Era 20 de octubre. Faltaba poco para Halloween, y Agustín estaba muy emocionado por la fiesta de disfraces de miedo que se iba a organizar en un gran salón de eventos. Aunque también estaba un poco preocupado, ya que todavía no sabía de qué disfrazarse. Ya había mirado varias veces películas de terror para poder encontrar inspiración, pero nada le convencía.

En un momento, se acordó de unos cuentos de miedo que le habían regalado hacía como cinco años, pero que nunca había leído.

Luego de ojear varios, eligió el personaje que más le gustó: un pirata. Era un cuento de un pirata asesino, que era tuerto, tenía una pata de palo, una espada de hierro y un loro malvado.

Apenas terminó de imaginarse cómo sería el disfraz, se puso a buscar los materiales para confeccionarlo. Empezó por el parche, que sería la forma de representar la “tuertura” (palabra que él inventó para referirse a estar tuerto).

Como no le convencía hacerlo de cartulina (poco original), se le ocurrió agarrar los lentes de sol de su papá y sacarles uno de los cristales, así solo quedaría negro de un lado. Su papá no tendría por qué enojarse; solo los usaría la noche de la fiesta y después se los devolvería, además tenía un pomo entero de plasticola para pegarle el cristal luego.

Lo siguiente era la ropa rotosa y harapienta de pirata. Fácil: tomó una de sus remeras y un pantalón corto (los más nuevos, por supuesto, para estar bien elegante según él) y se puso a hacerles agujeros y cortes con una tijera grande que encontró en un cajón de su mamá, y luego a mancharlos con barro, tinta, jugo de fruta y todo lo que encontró.

Como le daba mucha pereza cortarse la pierna para ponerse una pata de palo (además que la plasticola no le alcanzaba) decidió simplemente pintársela de marrón con témpera. Gastaría mucha, pero le parecía que quedaría genial.

Lo siguiente era la espada: fue lo más sencillo. Ya tenía una hermosa espada pirata que le había regalado su abuelo, ¡y era real! Estaba hecha de cartón, ¡pero era real, no imaginaria! Solo le faltaba pintarla, y después ponerle ketchup que había sobrado de los panchos que habían comido el día anterior, para que pareciera sangre.

Obviamente, como todo buen pirata, necesitaba un compañero de hombro: un loro. Fue lo que más se le dificultó conseguir. Estuvo horas y horas corriendo y saltando por su jardín para poder atrapar una paloma para pintarla con aerosol verde (porque no había loros en la zona donde vivía). Cuando logró atrapar por fin a una, la llevó a su habitación y empezó a pintarla con un aerosol que había comprado hacía unos días para un proyecto escolar. Cuando terminó, la dejó encima de su cama para que se secara, y se fue al baño a lavarse las manos. Cuando volvió, toda la cama estaba manchada de verde (temblaba de solo imaginarse la paliza que le iba a dar su mamá) y la paloma ya no estaba. Entonces se dio cuenta de que había dejado la ventana abierta...

Agotado, decidió descartar la idea del loro por el momento. Quizás luego encontraría otra solución.

El siguiente elemento que necesitaba era un sombrero pirata. Lo hizo con cartulina negra y blanca. Él era muy perfeccionista, pero tenía un pulso malísimo. De todas formas le fue bastante fácil, no tardó más de cuatro horas y media.

Lo último, era algo que necesita cualquier pirata para transportarse a través del mar: un barco. Necesitaba sí o sí un barco; los piratas no se transportaban ni caminando, ni en bici, ni en auto. El barco tenía que ser grande, para que pudiera subirse a él, y debía tener ruedas, para poder ir por la calle o la vereda.

Su abuelo no estaba en ese momento en la ciudad, así que no le podía pedir que le fabricara uno (además que le llevaría mucho tiempo).

Como no tenía ni idea de cómo hacer el barco, encendió la computadora de su papá y se puso a navegar por internet para encontrar ayudas o ideas... hasta que halló la solución perfecta.

Unos minutos después, el teléfono de su casa empezó a sonar y atendió: era su mejor amigo Fernando.

-Hola Fer, buenas tardes- saludó Agustín.

-Hola Agus, ¿estás emocionado por la fiesta? ¿Ya tenés pensado tu disfraz?- preguntó Fernando.

-¡Sí! Y no solo lo tengo pensado, ¡lo tengo casi listo! Voy a disfrazarme de pirata asesino. Ya tengo listo el parche, el sombrero, la remera y el pantalón, una espada de hierro ensangrentada con ketchup y la pata de palo. También encontré un barco con ruedas en Mercado Libre y lo compré, para ir a la fiesta como se debe. Estaba rebarato. Incluso pedí una estatuilla de un loro para atármela al hombro y que sea mi compañero. Me llegan en diez días, o sea el 30, el día anterior a la fiesta- contó Agustín.

-Uh, guau, que suerte tenés, porque ni mi hermanito ni yo tenemos idea de qué disfrazarnos. Tenemos unos trajes de payaso que nos regaló mamá hace un montón, pero como eran siete tallas más grandes nunca los usamos. Nos encantaría estrenarlos, pero la fiesta es de disfraces de miedo, y digamos que los payasos mucho no asustan, salvo que agarremos un cuchillo y seamos el payaso asesino de la película. ¡Ja, ja!

-Pero no tienen por qué desperdiciar los trajes de payaso. Igual busquen una idea más original que la del payaso asesino. Estuve leyendo algunos cuentos de miedo para buscar inspiración para el mío... a ver si se me ocurre al... esperá... ¡tengo una idea! Disfrácese de fantasmas payasos. Es re fácil: pídanle a tu mamá la sábana de su cama, se la ponen encima, se colocan los accesorios, ¡y listo!

-No, pero mi mamá ni loca nos va a prestar su sábana, odia que le ensucemos o arruguemos sus cosas- explicó Fernando.

-Entonces pídanse a tu papá, él siempre dice que sí a todo-.

-Nooo, menos, pasa que trabaja en una fábrica todo el día y cuando vuelve no se baña antes de ir a dormir, y deja un olor a pata y a chivo en la sábana...

-Pero si con la nariz de payaso puesta no van a oler nada, en caso de que sea muy chica se tapan con otra cosa. Además es mejor, así con el olor espantan a todos y se comen toda la comida de la fiesta-.

-Uy, ¡qué buena idea! ¡Tenés razón! Y para completar, compro por Mercado Libre un castillo, no muy grande, con ruedas, para ir a la fiesta adecuadamente, será un castillo-circo embrujado, con fantasmas payasos-.

-Y de paso pueden mirar algún tutorial en YouTube para aprender a hacer malabares, como buenos payasos-.

-Pero si somos payasos tenemos que hacer reír, y si nos salen mal los malabares vamos a ser más cómicos, así que ni hace falta que aprendamos a hacerlos bien. A lo sumo podemos buscar algún video con chistes malos- explicó Fernando.

-Tenés razón, amigo. Además, cuanto menos esfuerzo mejor. Creo que ya llegó mi mamá del trabajo, me tengo que ir. ¡Chau, nos vemos!- saludó Agustín, y cortó.

Cuando su mamá entró a la casa, se agarró la cabeza y se arrancó algunos mechones de pelo al ver todo el desastre de muebles y utensilios, la mugre, residuos y manchas de barro, tinta, ketchup, cartulina, plumas, jugo, tela, lápices, hilos, aerosol, marcadores y todo lo que había hecho su hijo. Pero decidió que sería mejor encerrarse en su habitación, gritar para desahogarse y luego calmarse, en lugar de retarlo y gritarle como una loca degenerada de entrada, porque si no él se iba a poner histérico, empezaría a llorar, chillar y hacer berrinche, a poner excusas, razones, pretextos, etc.

El día 30 de octubre, Agustín se levantó a las cinco de la mañana, para recibir su pedido apenas llegara. Era la primera vez que había hecho un pedido a domicilio, así que emocionado se sentó y esperó con ansias a que sonara el timbre.

Estuvo 15 minutos sentado mirando fijamente la puerta, se aburrió y se fue a leer historietas. Tres horas después se escuchó el “rin, rin” característico del timbre. Fue corriendo a abrir la puerta y se encontró con dos cajas más o menos del mismo tamaño. Las llevó adentro (a una la tuvo que arrastrar, ya que era muy pesada). Abrió una de ellas cuidadosamente: estaba la estatuilla del loro. Era de porcelana, se veía radiante y superdetallada.

En la otra caja, por lógica, debía estar el barco, pero era muy pequeña. Pensó que quizás habría un mapa o una dirección para ir a retirar el barco ya que no cabía en una caja, o que simplemente habían enviado un pedido a la dirección incorrecta. Pero no; en la caja había un barco, y tenía ruedas, pero medía menos de 30 centímetros y era de plástico. ¡Era un barco de juguete! ¡Con razón le había salido tan barato! Ya no había tiempo de comprar otro más grande, así que descartó la idea, total no era completamente necesario. Por suerte había gastado poco dinero con la tarjeta de su padre, porque si no... la que le esperaba.

Luego llamó a Fernando, y le contó lo que le había pasado. Casualmente, a él le había ocurrido exactamente lo mismo: le había llegado un castillo en miniatura. ¡Tan emocionados habían estado que ni leyeron la descripción del producto! Ambos rieron a carcajadas.

A la noche siguiente, Gerardo, el papá de Agustín, lo llevó a la fiesta de Halloween. Era un pirata moderno: en vez de ir en barco, iba en la parte de atrás de una camioneta azul. Eso sí, sin loro; se había atado la estatuilla al hombro con un pedazo de lana, y apenas dio un paso se le cayó y se partió en 7.958.321 pedazos (a esta cifra se la inventó, obviamente, solo llegó a contar 65 y se aburrió). Igual no era problema, solamente eran \$12 500 tirados a la basura (su papá tenía ganas de matarlo). También se había tenido que cambiar el pantalón, porque el jugo de fruta que le había echado al anterior había atraído abejas (por el azúcar) y se había

tenido que volver a pintar la pierna de marrón, esta vez con otra cosa, porque la témpera se había secado mucho y se había descascarado toda.

El salón estaba al final de un callejón de tierra oscuro y solitario, bastante tenebroso, perfecto para Halloween. Agus se despidió de su papá, se bajó de la camioneta y se encontró a Fernando y a su hermanito en la entrada, vestidos de payasos fantasmas. Se veían muy bien, pero su disfraz le parecía inigualable.

Era verdad lo que le había dicho Fer: la sábana tenía un olor a pata impresionante. Por suerte había llevado un broche de esos para colgar la ropa, para ponerse en la nariz.

Entraron al salón. Había muchos chicos y chicas disfrazados de una gran variedad de seres y personajes de miedo: brujos, brujas, hombres lobo, monstruos, zombis, momias, esqueletos, vampiros, cucos, cocos, entre otros. A medida que los payasos fantasmas avanzaban, todos retrocedían (por el olor espantoso).

-¡Nuestro disfraz funciona! ¡Estamos asustando a todos!- dijo el hermano de Fernando, y se rió por lo bajo. Ambos se subieron a un pequeño escenario y comenzaron a hacer su *show* de malabares mal hechos y chistes mal contados. Todos nos reíamos, incluso en un momento Fernando lanzó una de las pelotas porque se había aplastado, chocó contra la cara de un chico disfrazado de zombi y se le cayó un ojo. No parábamos de reírnos (aunque era Halloween, se suponía que debíamos asustarnos). Hasta que en un momento se les acabaron los chistes y se cansaron de los malabares, así que todos decidimos ir a comer para después continuar con otro espectáculo de disfraces de terror.

Justo en ese momento, entraron tres personas al salón. Una de ellas estaba disfrazada de pirata; un pirata tuerto, con un parche, sombrero, ropa harapienta, pata de palo, una espada de hierro ensangrentada y un loro que daba unos gritos que sonaban aterradores. Apenas Agustín lo vio, le dijo a Fernando:

-¡Guau, se disfrazó de lo mismo que yo! ¿Habrás leído el mismo cuento? ¡Parece incluso que me copió el disfraz!-.

-En realidad, parece que vos le copiaste a él, porque el suyo se ve mucho mejor que el tuyo, sin ofender-.

-Sí, que macana, igualmente el mío tiene más mérito, porque lo hice a mano. Ese disfraz es comprado, obviamente. ¡Y hasta tiene un loro real!-.

Las otras dos personas estaban disfrazadas de fantasmas, pero con accesorios de payasos. Uno de ellos llevaba pelotas de colores, y el otro tenía un libro titulado *“Los peores y mejores chistes”*.

-¡Ey, ellos sí que nos copiaron! Lo del pirata puede haber sido casualidad, pero lo del fantasma mezclado con el payaso fue idea nuestra- dijo Fernando, enfadado.

“En realidad fue idea mía” pensó Agustín. -Pero mirá, está re bueno su disfraz, incluso da la ilusión de que flotan de verdad- dijo.

Los fantasmas y el pirata avanzaron. En un momento, el pirata tomó con ambas manos su gran espada (que se veía muy real) y cortó en pedazos las mesas con comida, bocadillos, golosinas y bebidas. Hasta le cortó dos tentáculos a una chica disfrazada de kraken.

-¡Nooo! ¡Yo solo vine por la comida!- gritaron Fernando, su hermano y otros chicos al mismo tiempo.

El pirata avanzó hasta una pared, y con su espada hizo un largo corte que abrió un gran agujero, que empezó a emitir un brillo verdoso. Parecía una especie de portal. Luego, uno de los fantasmas empezó a hacer malabares muy, muy rápido, y de pronto se formó un círculo de colores con las bolas. El otro fantasma arrojó el libro de chistes hacia el aro que se había formado, este desapareció y el círculo empezó a brillar igual que el otro portal, pero de color magenta.

-¡Ahora sí que empieza una verdadera fiesta de Halloween! ¡Entren al que quieran!- dijo el pirata.

Agustín estaba seguro de que esos portales eran reales, y de que esos personajes no eran disfraces. Los fantasmas flotaban de verdad (no tenían nada que los

sostuviera), y era imposible que una espada normal hubiera cortado una pared de ladrillo.

Todos los chicos y chicas empezaron a ir por diferentes portales, y Agustín le preguntó al pirata:

-¿Qué hay ahí adentro?-.

-Lo descubrirás si entras, no seas impaciente, no hay adelantos, o ingresas en este o en el otro- respondió, bastante antipático.

-¿Y en este? ¿Qué hay adentro?- preguntó Fernando a los fantasmas.

-Aquí te encontrarás con nuestro castillo fantasmagórico, embrujado y aterrador, un lugar lleno de diversión, alegría, entretenimiento, y algún que otro susto-.

Fernando y su hermano entraron al portal de los fantasmas. Y aunque Agustín no tenía ni idea de lo que había en el del pirata, decidió entrar. Se acordó de la frase “el que no arriesga, no gana”, le gustaba el misterio y además le correspondía por su disfraz.

Apenas lo atravesó, se encontró en un barco pirata real, con la bandera típica del cráneo y las calaveras. Estaba en el medio del mar, y su disfraz se había convertido en un traje verdadero de pirata.

Tenía un loro real, aunque este se escapó al instante de su hombro y se posó en la punta del mástil. También tenía un sombrero, hecho de tela, y un parche. Como le molestaba, intentó sacárselo, pero se dio cuenta de que realmente le faltaba un ojo. Hasta tenía una pata de palo, reemplazando la mitad de su pierna izquierda, por lo que le costaba caminar.

Pero lo más molesto de todo era la espada, que era pesadísima. De todas formas se conformaba con su vestimenta, porque a pesar de ser un pirata, estaba vestido elegantemente: ¡tenía esmoquin y corbata! (aunque estaban todos rotos y manchados).

Igual algo faltaba: la espada no estaba ensangrentada, seguía teniendo ketchup. ¡Lo habían estafado!

En un momento se dio cuenta de que, pegada al mástil, había una nota. Esto es lo que decía:

“Akí enpiesza el verrdaderro Halloween, el verrdaderro terror. Si kierresz sobrebivirr, nezecitarrász lucharr, uzarr la inteligenziah, el hinjenio, la fuerrza, la veloszidat y la desthresza para zuperarr los ovstákulos y pruevazs de vida o muerрте ke te hezperan. Vete preparrandoh, vuska y toma del barcko todo lo keh creasz nesezario, porke una vez ke yegues a la Iszla de la Muerte y te vajes del barcko, no avráh buelta atrázs.

Firma: el ke ezkrive esto.

Pozdata: zi notaste kosas rraras en la ezckritura, signifhica ke tienezs buena hortographia (kosa ke oviamente yo no tengoh)”.

Le costó un poco leerla, pero entendió lo que decía. Así que bueno, parecía que aquí empezaba su aventura para escapar de esa supuesta isla y quizás regresar a la realidad. Tenía tantas ganas de volver a su casa, por culpa del pirata no había podido comer nada en la fiesta, y tenía un hambre... hasta que se acordó del ketchup de la espada.

**DALE UN *LIKE* AL CUENTO SI QUIERES LA SEGUNDA PARTE MÁS ADELANTE, YA ESCRIBÍ DEMASIADO COMO PARA CONTINUARLO AQUÍ.**

*fin*

*Juan Martín R. Bizón*

**Un Halloween Diferente ©**

**Juan Martín Rodríguez Bizón – 28/03/2022**

**1º Año “B” – Lengua y Literatura – IPET 424**